



El Cuento Semanal

SE PUBLICA LOS VIERNES

2 2 2

OFICINAS: Fuencarral, núm. 90.--MADRID

Apartado de Correos 409.

AÑO III.-10 de Diciembre de 1909.-NÚM. 154

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias: Trimestre, 3,50 pesetas.
Semestre, 6,50 pesetas. Año, 12. Extranjero: Semestre
10 pesetas. Año, 18.

Anuncios á precios convencionales.

Número suelto: 30 céntimos.

REGALO DE TAPAS

Para encuadernar la colección de EL CUENTO SEMANAL

Siguiendo la costumbre establecida en años anteriores, á todos los que se suscriban durante el mes de Diciembre, por un año, á esta Revista, se les regalarán unas magníficas tapas de tela inglesa con incrustaciones y relieves en oro, para encuadernar la colección de 1909.

Las suscripciones pueden hacerse en esta Administración, Fuencarral, 90, ó en la librería de Francisco Beltrán, Príncipe, 16, al lado del teatro de la Comedia.

LIBROS Y REVISTAS

Prometeo.—He aquí el sumario del número 11, recientemente publicado: Javier Gómez de la Serna. (Rápida).—El libro de las letanías, por Remy de Gourmont.—La crítica literaria, por Carlos Cerrillo Escobar.—De la próxima labor, por Leocadio Martín Ruiz.—Sentimentalismo. (Dibujo), por Robledano.—El príncipe sin novia. (Apunte lírico en un acto), por Emiliano Ramírez-Angel.—Portada. (Dibujo), por Julio-Antonio. Cuento de Calleja, (Drama), por Ramón Gómez de la Serna.—Poesía del mar, por Carlos Fernández Shaw.—Salomé. (Poema trágico), por Goy de Silva.—El modernismo religioso, por Luis Rodríguez Embil.—Arte. (Miguel Viladrisch), por Tristán, y libros.

El Mundo Escolar.—Hemos recibido el número correspondiente de esta simpática revista, órgano de los estudiantes, que se publica quincenalmente en Madrid.

El número correspondiente al 19 de Noviembre, entre otros muchos originales, contiene un patriótico artículo del distinguido periodista Alfredo Pérez Rebollo, una hermosa poesía de Emilio Pita de Rego y trabajos de M. de la Villa Bilbao, C. Joaquín Gallardo, Alfredo Jara Urbano y José Mérida García.

Deseamos una larga vida á tan simpática publicación.

Agenda de bolsillo para 1910.—Todo el mundo debe usar este precioso libro de notas diarias, provisto de lápiz y elegantemente encuadernado con bolsillo interior, para que pueda servir de cartera.

La Agenda de bolsillo, á más del espacio en blanco, de excelente papel cuadriculado, para las anotaciones diarias, con el calendario, contiene interesantes datos sobre Correos, tablas de interés y amortizaciones, pesas y medidas, reducción de monedas, etc., etc.

La Agenda de bolsillo, formando un tomito elegante y cómodo, se vende á 1,50 y 2 pesetas, según sea de dos días en plana ó de uno. Pídase en todas las librerías, papelerías y bazares. Editores, Bailly-Bailliére é Hijos, plaza de Santa Ana, 10, Madrid.

TEATROS

EN LA PRINCESA.—Doña María la Brava, de Eduardo Marquina.

Pocas veces habrá despertado tanta curiosidad una inauguración y un estreno como la del

teatro de la Princesa, con el del romancero dramático del siglo xv, titulado «Doña María la Brava», del gran poeta Eduardo Marquina.

La expectación, la noche del estreno, era inmensa. Precisa confesar que no fué defraudada. El teatro es bellísimo: el buen gusto, la esplendidez, la alegría, el «confort», todo brilla allí en grado máximo. María Guerrero y Fernando Mendoza, esos grandes señores que «hacen» de cómicos, ó esos grandes artistas que «hacen» de aristócratas, han hecho del teatro de la Princesa un templo del Arte dramático á la altura de los primeros del mundo. Nuestro público, en parte muy considerable, no está á la de este teatro. Esto podría explicar la ligera frialdad con que la primera noche—sólo la primera—fué acogida la magistral obra de Marquina.

«Doña María la Brava» es un drama intenso y vibrante en que se descarna y se analiza, no el alma de un bravo caballero de altivez y pujanza indomables como D. Alvaro de Luna, no el ardimiento vengativo y noble de una dama como la protagonista, sino el espíritu arrollador, fiero, salvajemente hermoso de la Castilla del siglo xv, que palpita en todos, desde D. Juan II, hasta Montoro el bufón, y que fué asesino del vástago de Doña María y verdugo del gran Condestable, hombre superior á su tiempo.

Es un drama hermoso en el que un poeta catalán, gloria de España, que ya había demostrado su amor á nuestro romancero en «Las hijas del Cid», entona un himno á Castilla con todo el vigor de su lira masculina y bien templada.

Sólo por esto merecía el aplauso que nuestro buen pueblo, siempre bien guiado por su instinto y por su corazón, le tributó abundantemente en las noches sucesivas al estreno.

La falta de espacio nos impide hablar, como quisiéramos, de los versos y de la interpretación. Sólo elogios podemos consagrarlos. María Guerrero y Mendoza estuvieron á la altura de los mayores trágicos conocidos. Decir versos, y decirlos con un sello de grandeza insuperable, como ellos los dicen, sólo es permitido á quien es grande por el corazón y por la sangre, y ambos lo son, porque lo son y porque lo demuestran en todos los momentos de su vida pública y privada.

El aplauso de EL CUENTO SEMANAL, tan entusiasta y sincero como el que más, se une al de los que hoy se tributan á María Guerrero, á Eduardo Marquina y á Fernando Mendoza.

F. A.

1-1-602/8



Carlos Fernández Shaw

El poema de "Caracol,"

POEMA PICAESCO



Caracol.

Caracol, Rey. Caracol y su perro.

Camino adelante.

Caracol, galán. Caracol, feliz.

El final de Caracol.

Epilogo.

*Al insigne crítico D. Eduardo G. de
Baquero.*

Hindobro.

Los grandes héroes de la Leyenda y de la Historia demandan y encuenfran, sin que por ello se preocupen, cantores insignes, dignos de ensalzar, en altos y rotundos poemas, grandes y sonados hechos. Dícelo bien, por estas nobles tierras de Castilla, la ilustre memoria del arrojado y valeroso Cid Rodrigo de Vivar, nunca bastante alabada. Dícelo el *Poema del Cid*.

Para tales intentos,—quiero decir para poemas tales,—y ante el peligro de que los acometan, pues desgracias aún peores acontecen, vanos copleros, poetillas de fres al cuarto, como yo, repítese, con sabia oportunidad, la consabida frase: «*Nadie las mueva...*»

El caso actual es muy otro. Me apresuraré á

decirlo. *Caracol*, pilluelo de los montes, héroe vulgar de una vulgarísima historia, sólo pedía, para sus andanzas, un humilde cantor. Ello me ha alentado, que no otra clase de consideraciones, á referir las tales aventuras; sin poner por las nubes la ambición.—Dios me tenga de su mano!—procurando ampararme de la sinceridad y el buen decir, y sin salirme, un punto, del llano y agradecido romance.

En este pobre poema,—quiero también declararlo,—la realidad puso gran parte; la imaginación, el resto. Para el mísero *Caracol*, impetro, lector amado, toda tu piedad. Para mi obrilla, toda tu benevolencia.

I

1907

CARACOL

Este que aquí nos saluda
como un gran saludador,
niño por su edad, y mozo
por la edad de su razón;
éste que veis, tan pequeño,
como que al mundo llegó
mediada la primavera
de mil novecientos dos,
con lo cual os digo, en años,
que cinco, y no más, cumplió;
este rapaz cari-sucio,
de tan morena color,
con ojos tan vivarachos
y con gesto tan burlón;
éste que lleva y que luce,
plantado á la luz del sol,
unos pies desnudos siempre,
limpios sólo de dolor;
un traje que es más que traje
un purísimo jirón;
una boina sobre el pelo
que enmarañado creció;
en los labios una risa,
y entre la risa una flor...
éste es mi amigo; un amigo
predilecto: *Caracol*.—

Sin padre, porque su padre,
va para un año, murió;
sin madre que lo proteja
con su amoroso favor;
—es hembra fatal: arisca,
sin freno, sin corazón,—
así como vino al mundo
por los designios de Dios,
vive del amor del prójimo...
que es amor y no es amor.

Dos pobrezaas le quebrantan:
de cuerpo, de condición;
y en él da lástima todo:
cara, cuerpo, gesto, voz...
De los perros que le ladran,
tiene miedo, y con razón,
que no reza para el pobre
lo de «perro ladrador...»,
con lo cual demuestra el perro
lo que del hombre aprendió.
En cambio los mismos hombres
no le inspiran tanto horror.
Más vale que no les huya.
¿Cómo viviera si no?

Las buenas aïmas le miran
con profunda compasión,
y él va gastando y viviendo...
por obra y gracia de Dios...

De tres hermanos, mi amigo
es el hermano mayor.
Hay otros dos *caracoles*,
más chicos que *Caracol*,
el cual es, ¡naturalmente!,
quien cuida á los otros dos.
Pero, ¿qué van á importarle
á un *mozo* de su valor
dos pájaros más, que formen
nido con él... ó montón?
En vano sentimos otros
el dolor de su dolor.
El es feliz, porque es hombre
que jamás desesperó;
con ingenio para cuatro,
si con juicio para dos;
él, que tiene movimientos
airosos de girasol;
la gracia de *Rinconete*,
simpático y decididor;
los arrestos y el empuje
de todo un Napoléon,
de Metternich los ardidés...
¡y la paciencia de Job!

¿Qué le importa que unos días
pueda comer, y otros no?
El gusto, precisamente,
consiste en la variación.
Sabio en ciernes, se contenta
con vivir como vivió,
semi-pájaro, en el aire
tiene su vida mejor.
Poco inquieta, en las umbrías
del pinar al gorrión,
volar como vuela el águila,
cantar como el ruiseñor.
Sustento le brinda el prado
que la lluvia refrescó;
luz y contento, sin tasa,
la luz alegre del sol;
verde palacio la copa
del árbol en que anidó,
que le consuela del frío,
que lo libra del calor...
Y así vive, buenamente,
ricamente, *Caracol*:
en el aire, con el aire,
por obra y gracia de Dios...
¡como en las gratas umbrías
del pinar el gorrión,

Corre, bulle, se revuelve,
 siempre con ojo avizor,
 y acá y allá picotea,
 como un pájaro, el bribón.
 ¡Jamás á un grano de trigo
 la vida le perdonó!
 ¡Jamás se le vió, por nadie,
 que perdiera la ocasión!
 Ni en el pueblo, cuna ilustre
 de pícaro tan precoz,
 y en el que pasa las noches
 con el suelo por colchón;
 ni en los huertos, donde busca,
 y encuentra, sombra y verdor;
 ni en los montes que, á menudo,
 con sus costillas midió...
 ¡por capricho!; ni en los vastos
 andenes de la estación,
 donde el rapaz se tropieza
 con tanto y tanto *señor*...;
 ¡la estación que entre dos túneles
 á sus anchas se asentó,
 y que, á veces, desde lejos,
 parece un monstruo feroz,
 cuando, llena de bullício
 por el tren que la invadió,
 respira fuerte, lanzando
 bocanadas de vapor!

Baíla allí cuanto le piden,
 sin dar por su cuenta el són.
 El baíla al són que le locan,
 como buen adulador.
 Canta, que se desgañita,
 siempre á gusto, siempre *en voz*.
 Gira lo mismo que un trompo
 que tuvo... y se le perdió.

Salla, como salla el gamo
 que escapa del cazador:
 Bailes, coplas, vueltas, brincos,
 recursos del hambreador.
 Por eso, cuando se rinden
 las fuerzas del cantador,
 siempre la fiesta concluye
 con una misma canción:
 «¿Me da usted una limosna?
 ¡Una limosna, por Dios!»

El verano, que es tan bueno
 para el pobre, ya acabó.
 «Se acabó lo que se daba,
 mi querido *Caracol*.
 Me marchó luego, muy luego.
 Se marcha *tu historiador*.
 Me reclaman otro mundo,
 y otro campo y otro sol.
 Dame la mano de amigo,
 y apríeta bien; ¡como yo!
 ¿Hasta pronto, ó para siempre,
 nos diremos este adiós?
 A mí me aguarda la vida
 que tantas veces me hirió;
 á ti te acecha el invierno,
 que es tan malo y tan traídor.

Iba cerrando la noche;
 rápido el tren arrancó.
 Miré al cielo, por la abierta
 ventanilla del vagón,
 y en la vaga lejanía,
 de indefinible color,
 vi los montes coronados
 por un negro nubarrón,



avanzada de las nubes
del invierno aterrador.
Miré á tierra, y entre sombras
ví perderse á *Caracol*.
¡Como es tan chico, al instante
la distancia lo borró!

Dios te guarde, bondadoso,
del invierno y su rigor.
¡Dios te guarde, noble amigo,
pues jamás te abandonó!
Dios, que ampara en las umbrías
del pinar al gorrión.
¡Dios nos libre de traiciones
y ventiscas á los dos!

II

1908 **CARACOL, REY**

Va *Caracol* viento en popa,
lejos de la costa ingrata;
navega, ya, mar adentro,
con brisa constante y franca;
sube ya como la espuma;
trepa ya como las cabras.
Bien hizo mi pobre lira,
pregonando sus hazañas.
Pronto, muy pronto, las cumbres
se humillarán á sus plantas;
las cumbres más orgullosas,
las más fuertes, las más altas;
las cimas de la grandéza,
los picachos de la fama.

Pocos meses há, tan sólo,
que entoné mis alabanzas,
en pró de mozo tan bravo,
de prendas tales, probadas;
ora por veraz, de veras;
ora, por feliz, con chanzas.
En estos campos vivía
picaro tal, á sus anchas;
en estos campos alegres,
cámpos de tierra serrana;
más serrano que el aroma
de la flor de la retama;
bailando mañana y tarde,
cantando tarde y mañana;
comiendo siempre de sobras,
con que se alivian las faltas;
tan hombre ya... ¡con sus cinco
primaveras á la espalda!

Pocos meses há, tan sólo,
que celebré sus andanzas,
porque mis versos vivieren
con la virtud de sus gracias.
Ocho meses han corrido
desde aquella tarde infausta,
—tarde de otoño, con nubes
sobre las negras montañas,—
que vió nuestra despedida
y escuchó nuestras palabras;
las últimas, por entonces,
de tantas y amenas charlas;
en él discretas y alegres
y en mí con déjo de lágrimas.

Mas, ¿por qué, sumido en penas,
del buen *Caracol* dudaba?,
¿por qué de su gran fortuna?,
¿por qué, de sus fuerzas varias?
Hombre sin fé, pervertido

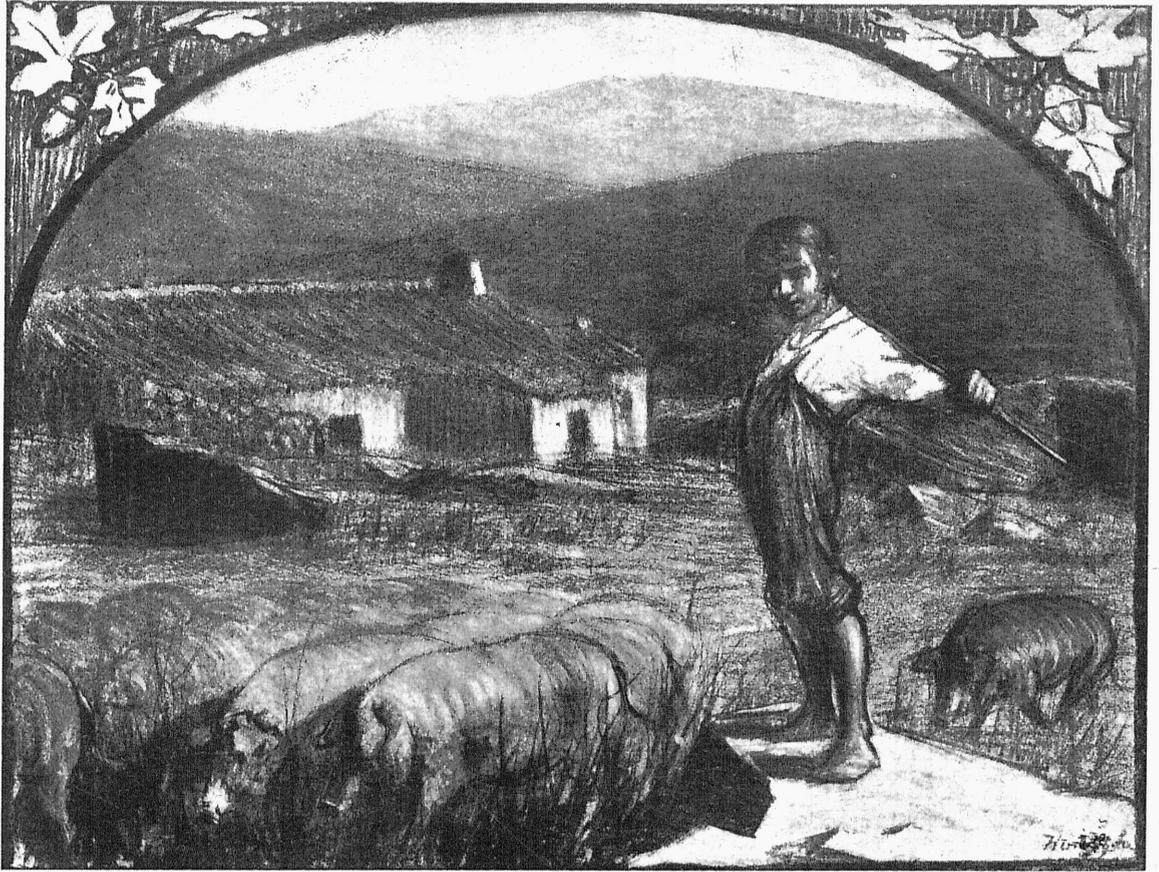
por las ciudades malsanas:
mira, mira las victorias
de la fé, de la constancia.
Míralas, en un ejemplo
tan notable. ¡Qué enseñanza!
¡Vive Dios! En ocho meses
nada más; en luchas tantas
con los hombres, con los aires,
con los hielos, ¡qué mudanza!
El sábio en ciernes, el pobre
semi-pájaro «de marras»,
el siervo de ayer, la víctima
de tantos males, el pária,
cine ya gentil corona;
gran corona; ¡de Monarca!
Cantad, vientos de la sierra;
corred la angosta cañada;
llevad al valle, gozosos,
las nuevas del caso, magnas.
¡Repicad, desde las torres
de los pueblos, las campanas!
¡*Caracol* es Rey, oh Reyes!
¡Es Rey... de *Peñapelada*!

(*Peñapelada* es un pueblo
que tiene doscientas almas,
y que está, medio escondido,
por entre peñas y matas.)

No con burlas venenosas
ni con inútiles sátiras
de su estado nos burlemos
ni lleguemos á su alcázar.
Es Rey, como tantos otros.
Por Rey lo adulan y acatan.
Como á Rey se le obedece.
Como á Rey se le encarama.
Si le censuran por serlo,
por serlo, también, le pagan.
Vedle marchar, con los súbditos
en que su imperio descansa.
Dejó su trono,—¡quién sabe
si habrá dormido en las gradas!;—
lleva en sus manos el cetro
de su poder; ¡tosca vara!
con lindo cabo de flores
que la adornan y rematan,
y con ella, tras la gente
que en sus desvelos descansa,
campo adelante se interna,
monte arriba se adelanta.

Quizás el juicio, que miente,
quizás los ojos, que engañan,
os digan que tales súbditos,
marchando en densa pñara,
tienen de míseros cerdos,
súcios y flacos, las trazas.
¡Y qué! Negad que el ilustre
Caracol,—¡mirad su cara!
¡mirad su apostura, digna
de un sultán!,—en ellos manda.
Negad que por ir con ellos
Rey le dicen, Rey le llaman;
por razón de la costumbre,
por leyes de antigua usanza.
No, no valen vuestras burlas.
En él se estrellan las chanzas.
Caracol es Rey, —¡oh Dioses!;—
es Rey... de *Peñapelada*!

Su reinado, bien tranquilo,
goces, sin fin le depara...
Por él hay pan en su bolsa,
luz en sus regias estancias;



sobre sus carnes abrigo,
de donde antaño faltara.
Su lista civil,—dos duros,
bien pagados, por semana,—
con no ser la del magnífico
Emperador de Alemania,
se ajusta bien á los gastos
abundantes de su casa.
Reyes habrá.—¿quién lo duda!,—
Reyes de tribus en Africa,
que ni cobren tantos duros
ni los perciban en plata.
Mas, no penséis que su rango
le envanece... No, no cambia
de costumbres; no maldice
de la antigua democracia
de sus hábitos.

Su boina,
de turbio color de pasa,
sigue cubriendo su arisca
pelambreira desgreñada;
no calza sus pies angostos
ni con toscas alpargatas;
las egregias pantorrillás
luce al sol; ropas nefandas
muslos y torso le cubren,
más que modestas ingratas:
mientras más las cuida el pobre
más las infames se rasgan.
Ni en más espejo se mira
que en el espejo del agua,
ni en más ondas que en las ondas
de los arroyos se lava.

Ni á los amigos desprecia,
con que antaño se juntara.

Miradle, si no. Gustoso
de mi afecto, ya se aparta,
muchas veces, de sus tierras;
entra temprano en campaña,
y en mi huerto se aparece,
porque en él se le agasaja.
Llegóse á pie... por capricho;
dos leguas anduvo largas;
mas ni su vista se nubla
ni los alientos le faltan.
Miradle, cuchara en mano;
—¡mano breve, gran cuchara!;—
bien sentado sobre el suelo,
y á la sombra de las ramas
de un guindo, llenas de fruto,
que al ser tanto las desgaja.
Honda cazuela mantiene
sobre sus piernas cruzadas...
Rebosa del borde curvo,
cuando la mueve, la salsa;
mas poco al Rey se le importa,
pues prefiere las tajadas.
Caracol mira y sonrío;
calla y come, come y calla;
sin que nada le interrumpa,
sin que nadie le distraiga;
cual hombre práctico; á modo
de pequeño Sancho Panza.

¡Llegad, los grandes del mundo,
que vivís en pompas vanas,
movidos y estimulados
por tan necias arrogancias;
ved el ejemplo que os brindo;
ved en *Caracol*, Monarca,
la sencillez más humilde
de la humildad más cristiana!

Ved, en él, reproducidas,
las costumbres de la Arcadia.

Buen *Caracol*, Rey de cerdos,
que así tu humildad declaras,
y por sencillo te encumbras,
y por humilde te alabas;
Dios te dé reinado alegre;
sin guerras, sin asonadas.
Vive sin duelos, á modo
de pequeño Sancho Panza.
Si el hombre te ofende, ríe;
pega, si el cerdo te enfada;
busca la sombra del guindo,
si el guindo te la regala,
y en tanto que vas comiendo,
calla y come, come y calla...

III

1909 CARACOL Y SU PERRO

De nuevo pasó el Otoño,
con sus bandadas de nieblas.
Pasó el invierno maldito,
con sus ventiscas violentas,
con sus heladas terribles,
con sus males, con sus penas.
Trajo, de nuevo, los gozos
y el bien de la primavera.
Brumidas con sol de Mayo,
resplandecieron las peñas
de los montes. Florecieron
los prados en sus laderas.
Las aguas las alegraron,
con voces gratas y frescas,
rota la cárcel de hielo
que en prisión las mantuviera.
Con que todo fué venturas
en el cielo y en la tierra.

—Blanca flor de los garrones,
¿cómo vistes las praderas!
Praderas en flor por Junio,
¿qué maja ponéis la Sierra!—
Y al fin retornó el verano,
con sus mañanas serenas,
con sus tarde bochornosas
y con sus noches espléndidas;
noches de amor, en que el Cielo
como un jardín se presenta;
lleno de flores que esplenden
con viva luz: las estrellas...

Rindió la mies sus espigas
en el trájín de la siega;
con la trilla, se animaron
los círculos de las eras...
Y á plaza salió, de nuevo,
por ley de su gentileza,
mi buen *Caracol*, alegre
como un par de castañuelas;
siempre tan vivo, ¡tan vivo
de genio como de lengua!
sin que le pesen los años,
—síele son ya,— que viviera;
tan feliz y tan robusto,
con sus desgracias á cuestras...
¡Ah, *Caracol*! Siempre el mismo,
sin que desgracias le puedan;
cual libre de todo riesgo
por artes de Bendicera.
Los más expertos galanes
desconocen sus destrezas.
Los más cachizos maderos
envidian sus resistencias.

A sallos viene, tan ágil,
siguiendo la carretera;
por gracia del Sol, ardiente;
por los carros, polvorienta.
Lo escolla, sin que se aparte
ni un momento de sus huellas.



un mastín de fieros ojos
y hermosísima presencia:
muy abullado de pecho,
bajo la fuerte cabeza,
que apenas cubren y adornan
las recortadas orejas;
vestido de pelo fosco,
llevado por firmes piernas;
de los que asombran y espantan
cuando sus dientes enseñan;
con mostrarlos, por lo agudos;
cuando ladran, porque alarman.

Viene con él, con el sabio
Caracol, de tal manera:
con tantos y tales signos
de respeto y de obediencia,
que bien parece su esclavo;
por cariño, no por fuerza.
Tigre le llaman, y es digno
de que por tal se le tenga;
que es formidable su empuje,
y es su apostura soberbia.
Sumiso con quien le halague,
terrible con quien le ofenda,
feliz el mortal que logre,
para su bien, sus defensas,
y ¡ay de quien ponga sus dientes
y sus colmillos á prueba!

¿A dónde irá por el mundo,
y en tal guisa, tal pareja,
cuesta arriba y cuesta abajo,
por camino todo cuestras?
¿A dónde? Sabed la historia,
si la historia os interesa.
¡Cómo cambian los destinos
de los grandes de la Tierra!
¡Cuán presto se desvanecen
las más seguras grandezas!
Como luces que se apagan.
Como voces que se alejan...

Caracol pasó el invierno
con su madre. Dos tristezas:
un invierno tan horrible,
y una madre tan perversa.
Nunca supo defenderle
de la vida, que es tan negra,
de sus riesgos, de sus cuilas,
de sus daños.—Dicho queda.
Los cariños de las madres,
sus desvelos, sus ternezas,
cuando miran á los hijos
con amor, cuando los besan,
raras veces quebrantaron
su montaraz aspereza.
—Permite Dios que en el mundo
madres tan malas se vean
sin duda porque descuelen
los encantos de las buenas.—
Caracol perdió su trono;
gastó muy luego su hacienda,
ya mermada por los vicios
de su infame tesorera,
que goza, como en palacios,
sin salir de las tabernas;
mal pudo, con tal invierno,
valerse de industrias nuevas,
sin apartarse ni un punto
del pueblo donde viviera,
—pobre pueblo, consumido
sin cesar por su pobreza;—
creció la angustia por días,
y al fin llegó la miseria;

con que se entraron muy pronto,
¡sin compasión!, por las puertas
de aquella casa, las Furias
de la clásica tragedia.

Perdió la madre, del todo,
calma, razón y prudencia;
descargó su loca rabia,
tal como loca formentala,
contra los míseros huesos
de *Caracol*,—¡ah, qué horrenda
maldad!, ¡qué horrible suplicio!,—
y abrió tan infame guerra,
con golpes tan reiterados,
con perfidias tan aviesas,
contra el rapaz, que de hijo
pierde el pobre, con las muelas,
el aliento, sin la Gracia
de la Suma Providencia.
¡Cuán largas fueron sus hambres!
¡Cuán duras fueron sus penas!
—Hambres y duelos son duelos
que se suman con presteza,
sin que exijan sumas tales
socorros de la Aritmética.—
Sólo *Tigre*,—¡bravo, *Tigre*!,—
consolaba sus tristezas;
defendiéndolo de todo:
manos, pies, garrotes, piedras.
Tigre, perro de ganado,
se hartó de su vida perra;
lornóse del campo al pueblo,
recobró su independencia.
—sumo bien para los hombres
y los perros que la enfiendan,—
puso en *Caracol* su afecto,
por ver, quizá, su indignancia,
y el mozo pagó, con creces,
bondades tan manifiestas.

Junláronse, pues, sus vidas,
felices las dos apenas,
cual dos arroyos del monte
juntan sus aguas someras,
sin que sus ondas, por ello,
más abundantes parezcan.
El mozo curó del susto
con que antaño se escondiera
de todo perro, y el perro
se le unió, con tal nobleza,
que fueron ya, con desgracias
y amarguras, ó sin ellas,
un mismo ser en el fondo,
si bien con dos apariencias.

En unión tan ventajosa
puso el chico tres pesetas,
escapadas por milagro
del naufragio de sus rentas,
las ansias de su apetito,
y el bien de su inteligencia,
—si triste con tantos males
por lo mismo tan despierta,—
y el *Tigre* lo más preciso
para sus triunfos: la fuerza.

Conque, al fin, una mañana
de Julio, tibia y risueña,
de las que alegran al hombre
con el sol que las alegra,
—la de ayer, porque el cronista
diga siempre cuanto sepa,—
no bien retornó la aurora
sobre las cumbres enhiestas,
hartós los dos camaradas
de duelos y de pendencias,
ganosos de nuevos lances

y ansiosos de vida buena,
dejaron el pueblo adusto
por una angosta vereda;
saltaron por unas tapias,
corrieron por unas huertas,
sin detenerse, y á poco
ganaron la carretera.

¡Dios que lo diga! No tuvo
Caracol más que una idea:
vivir en paz,—como fuese,
pero en paz,—y en otras tierras.
—No cura de sus hermanos
pues bien contentos los deja;
por Segovia, tan seguros,
al amor de sus abuelas.—
No tuvo tampoco el *Tigre*,
su amigo, más ocurrencia
que la ocurrencia dichosa
de seguirle á donde fuera.
¡Qué mucho, pues, si el esclavo
logró quebrar sus cadenas,
que al fin, sintiéndose libres,
tan sueltos y alegres vengam!
Durmieron bien. ¡Quién lo duda!
Comieron, á boca llena,
ciertamente. ¡Dios del cielo,
que es tan justo, los proteja!

Salud, *Caracol* insigne;
flor de jara, flor de sierra;
verderón de los pinares,
que de tu nido te alejas;
arroyo que por el monte
que te alumbra te despeñas!

Vé por el mundo, y el mundo
goces sin tasa te ofrezca.
¡Voy contigo! Tu cronista
narrará tu vida entera.

IV

CAMINO ADELANTE

Piensa *Caracol*, ¡oh ilustre
Caracol,—y considero
natural que conozcamos
á fondo sus pensamientos,—
que nada vale en el mundo
como un amigo, si es bueno;
sobre todo si no es hombre,
sobre todo si es un perro.

«Por él», se dice,—pensando
con humildad, con afecto,
con gratitud, en las fuerzas
de su noble compañero;—
por él, que tanto me quiere,
salí con salud del pueblo,
sin que mi madre acabara
de quebrantarme los huesos.
Por él me lanzo al camino
sin que me espanten sus riesgos.
Yo, que temblaba de susto
por un mastín rapazuelo,
ya, por otro,—guapo, fuerte,
bravísimo, corpulento,—
no me asusto ni siquiera
de los hombres. ¡No les temo!
No hay nada como la fuerza.
En la fuerza está el secreto
del vivir. Yo, con mi *Tigre*,
me burlo del mundo entero.

Conque, á vivir,—¡qué cogollo!—
mientras él me dé su aliento».

*No respondo de las frases,
pero sí de los conceptos.*
Así *Caracol* discurre,
por instinto y en silencio;
juzgando por lo que observa,
y allá para sus adentros;
si no con tales palabras,
con los mismos pensamientos.

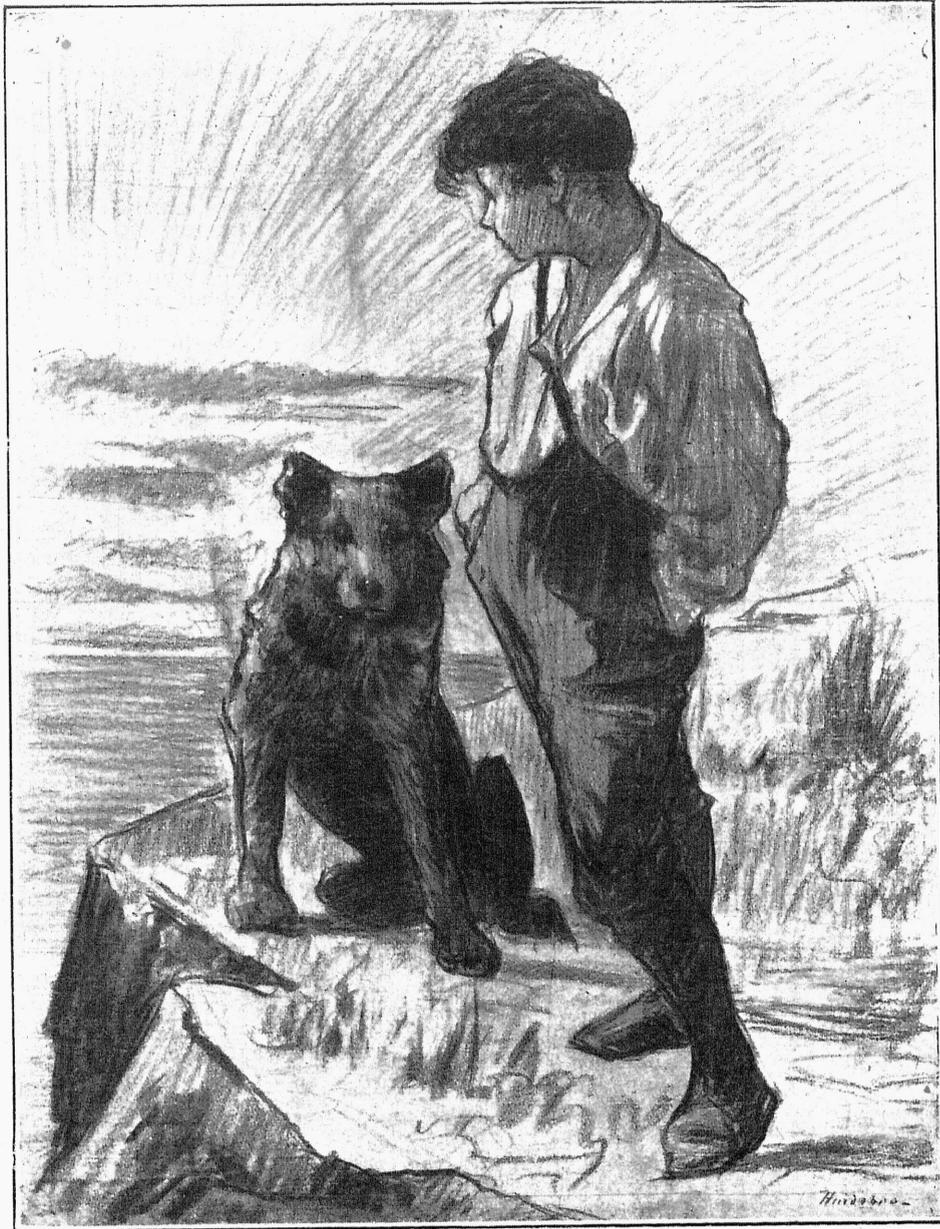
Calienta el sol, por el monte,
con bondad y sin exceso.
Templa su rigor un aire
benigno, calmoso, ledo,
que huele á gloria, por gracia
del tomillo y del cantueso;
que, con el Sol, llega tibio;
que, sin el Sol, fuera fresco.
Caracol,— ¡ah qué admirable
soltura de movimientos!,—
gira con rápida vuelta;
se yergue muy satisfecho
frente al mastín, y le dice,
con ternura: «¡Tú! ¿Qué hacemos?
¿Seguimos?» *Tigre* le mira
con unos ojos muy fieros;
sacude la noble testa,
como diciéndole: «¡Buena!»;
Caracol, muy conmovido,
le paga con fuertes besos,
y al punto los dos,—tan sanos,
tan alegres, tan resueltos,—
marchan camino adelante;
prosiguen, con saltos nuevos;
ganosos de que el camino
los lleve por fin á un pueblo.

Yo te saludo,—pisando
con humildad tus linderos,—
larguísima carretera,
que rayas los flancos recios
de los montes; que los ciñes,
con artísticos rodéos;
que te extiendes, y te extiendes,
ya bajando, bien subiendo;
rebrillando polvorosa
bajo el Sol, con luz de fuego,
—tan vívida, tan ardiente,
que ciega con sus destellos,—
y te escapas de mi vista,
lejos, muy lejos, ¡cuán lejos!,
allá donde el horizonte
junta la tierra y el cielo.
Yo te saludo, camino
de la sierra, pintoresco,
providencia de los carros,
alivio de los jamelgos,
socorro de trajinantes,
refugio de aventureros.

Te saludo,—bien me acoges,—
y albricias grandes te ofrezco,
pues hoy por tus piedras pisa,
que apenas sienten su peso,
vestido de luz,—las ropas
son para el tal lo de menos,—
el más raro personaje,
y á la vez el más pequeño,
que al ras de tu blanca cinta
los siglos que vuelan vieron.
¡Protégele, por que calme
sobre tus piedras sus duelos!
¡Ampárale, por que sirvas,
con tus favores, de ejemplo!

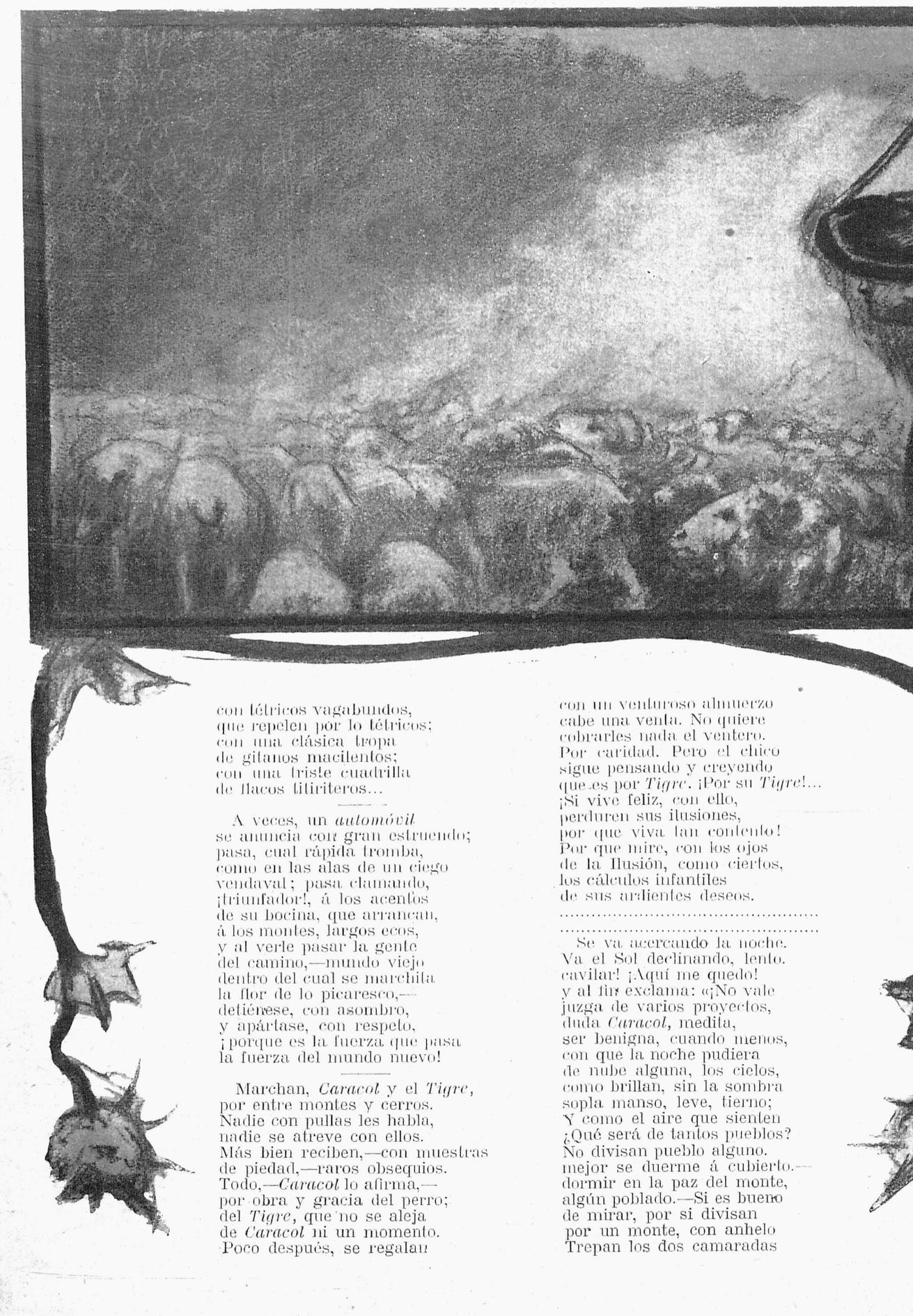
Marchar el niño y el *Tigre*
por entre montes y cerros,
tropezando con las gentes
del camino pintoresco;
gentes de un pícaro mundo
que no cambia con los tiempos.
Ora dan con una fila
de carretas.—Los boyeros

con lípicos vendedores,
que correr el mundo entero,
provistos, siempre, de telas,
baratijas y remedios;
vendedores á las veces,
y á las veces curanderos;
con rebaños, escondidos
en nubes de polvo denso;



andar sin prisas, al paso
de los bueyes soñolientos.—
Ora, con carros muy grandes
y hasta los toldos rellenos.
—Las mulas van resignadas;
blasfemando los carreros.—
Ora, con torpes mendigos,
torpes y astrosos y enfermos;
al andar todo quejumbres,
y al hablar todo lamentos;

guardados por sus pastores,
defendidos por sus perros;
grandes rebaños, de cabras
y ovejas; grandes Ejércitos,
con carneros por heraldos,
con escolta de carneros,
que alegran con sus esquilas
y aturden con sus cencerros.
Ora, en fin, con varias muestras,
de trajinantes diversos;



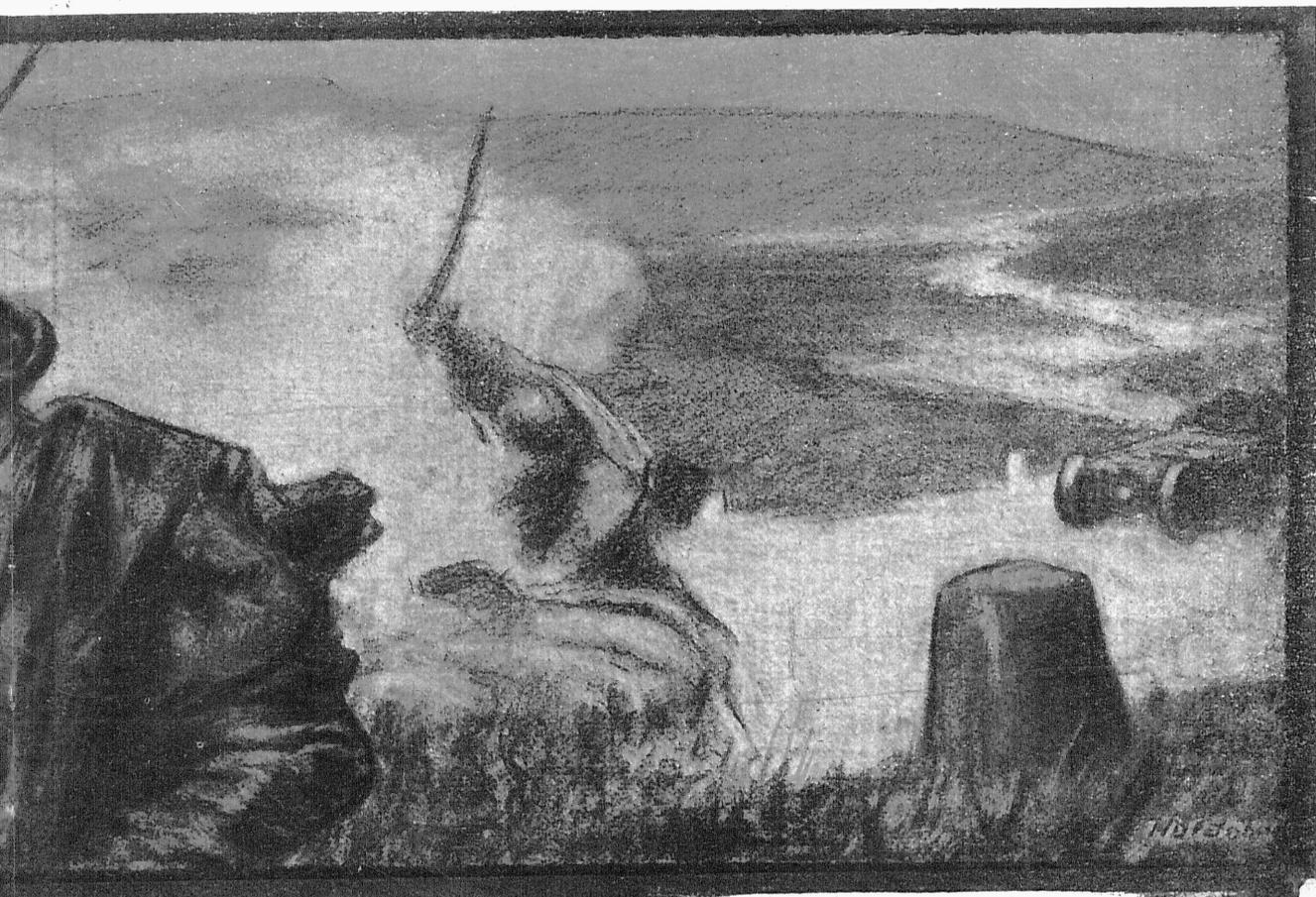
con létricos vagabundos,
que repelen por lo tétricos;
con una clásica tropa
de gitanos macilentos;
con una triste cuadrilla
de flacos litiriteros...

A veces, un *automóvil*
se anuncia con gran estruendo;
pasa, cual rápida tromba,
como en las alas de un ciego
vendaval; pasa clamando,
¡triumfador!, á los acentos
de su bocina, que arrancan,
á los montes, largos ecos,
y al verte pasar la gente
del camino,—mundo viejo
dentro del cual se marcha
la flor de lo pícaro,—
deliéndose, con asombro,
y apártase, con respeto,
¡porque es la fuerza que pasa
la fuerza del mundo nuevo!

Marchan, *Caracol* y el *Tigre*,
por entre montes y cerros.
Nadie con pullas les habla,
nadie se atreve con ellos.
Más bien reciben,—con muestras
de piedad,—raros obsequios.
Todo,—*Caracol* lo afirma,—
por obra y gracia del perro;
del *Tigre*, que no se aleja
de *Caracol* ni un momento.
Poco después, se regalau

con un venturoso almuerzo
cabe una venta. No quiere
cobrarles nada el ventero.
Por caridad. Pero el chico
sigue pensando y creyendo
que es por *Tigre*. ¡Por su *Tigre*!...
¡Si vive feliz, con ello,
perduren sus ilusiones,
por que viva tan contento!
Por que mire, con los ojos
de la ilusión, como ciertos,
los cálculos infantiles
de sus ardientes deseos.

Se va acercando la noche.
Va el Sol declinando, lento.
cavilar! ¡Aquí me quedo!
Y al fin exclama: «No vale
juza de varios proyectos,
duda *Caracol*, medita,
ser benigna, cuando menos,
con que la noche pudiera
de nube alguna, los cielos,
como brillan, sin la sombra
sopla manso, leve, tierno;
Y como el aire que sienten
¿Qué será de tantos pueblos?
No divisan pueblo alguno.
mejor se duerme á cubierto.—
dormir en la paz del monte,
algún poblado.—Si es bueno
de mirar, por si divisan
por un monte, con anhelo
Trepan los dos camaradas



¡Qué demontre!»
Busca el *Tigre*
blando colchón sobre el suelo,
y enfretando se encarama,
sobre unas rocas, su dueño.

Declina el Sol,—¡cuán hermoso!,—
frente á frente del mozuelo;
ya sin corona de rayos,
tal como globo de fuego;
cayendo ya, decadente;
tirando á rojo, rojeto.
Declina, sobre unas cumbres
frondosas, al lado opuesto
de los montes en que el mozo
tranquiliza sus alientos.
Sus luces rojizas tiñen
todo el semblante risueño
del chico. No le destumbran,
sin embargo, sus destellos,
que, en hora tal, ya difunden
muy débiles sus reflejos.
El Sol y el niño se miran,
se contemplan,—un momento,—
y al ver que puede mirarle
piensa *Caracol*, de nuevo,
y á su modo: «¡Soy un hombre!
¡Ni al Sol! ¡Tampoco le temo!
¡También ya está sin corona!
¡Como yo! ¡Los dos á un tiempo!»
Y en seguida, como el mozo
no ha de perderse por lerdo,
se mofa, con risa franca,
de sus locos pensamientos.

Mas, son de ver, un instante,
sobre el espacio sereno,
sobre las rocas abruptas,
en contraste raro y bello,
—frente á frente, por designios
del Dios de fieras y cielos,—
el rojo Sol, tan enorme,
y el buen rapaz, tan pequeño.

La noche cierra, y el niño
se tumba, junto á su perro;
sobre unas hierbas floridas,
que crujen bajo su cuerpo.
Se abrazan los dos amigos,
y sobre el rústico lecho,
como un Angel de la Guarda,
bate sus alas el Sueño...

V

CARACOL, GALAN

Despiértase, de improviso,
Caracol. «¡Virgen divina!
¡Debe ser tarde! ¡Muy tarde!
¿Cómo está el sol tan arriba?
¡*Tigre!* ¡*Tigre!*», va diciendo,—
¡gritando!—mientras se estira
sobre su cama de hierbas,
á placer y boca arriba.

Levántase, lindamente,
por fin; se enfurruña, grita
con más fuerzas: «¡Pero Tigre!
¡Vamos, dormilón! ¡Aprisa!»
... Y al fin despiértase Tigre.
Busca al mozo con la vista.
—Deshicieron por la noche
su abrazo, mientras dormían.—
Se le acerca, le coloca
las dos manazas encima
de las suyas, y con ojos
dulces, muy dulces, le mira.
Caracol le corresponde
sin tardar, y lo acaricia:
que tantas son sus finezas
al darse los buenos días.

Abrasa el monte. Las rocas
despiden, á enjambres, chispas,
—que bien simulan enjambres
de abejas de luz, que brillan:—
las jaras dan sus olores,
columpiadas por la brisa;
pasa un arroyo cantando,
bajo unas aves que trinan;
cantan los densos pinares...
¡Dios! ¡Qué hermosura de día!

Pronto bajan. Van á sallos.
¿Cómo no? Ya se deslizan,
por el musgo de las peñas...
Ya corren sobre la cinta
del camino... Ya se escuchan
como un cántico las risas
del gran *Caracol*... ¡Resuenan
tan puras, tan cristalinas!...
¡Cuánta luz por todas partes!
¡Cuánto sol, y qué alegría!
¡Cuántas flores! ¡Ah, qué hermosa
la Sierra! ¡Dios la bendiga!

Desayúnanse. Con restos
de la cena de la víspera,
que cena fué con las sobras
del festín del mediodía.
Vuelven á marchar, y á poco
ve *Caracol* á una niña,
que está llorando, sentada
contra la cerca, vecina,
de un huerto; muy temblorosa,
muy pálida, muy solita...

¿Qué tristezas la consumen?
¿Qué pesar la martiriza?
¿Por qué llora, sin consuelo,
la infeliz? ¿Por qué suspira?
Sus penas parten el alma.
Tales son. Cuesta fatigas,
quebrantos cuesta, bien grandes,
hasta el tener que decir las.

Es pobre. Bien por las muestras
sus desgracias se adivinan;
por su rostro tan enjuto,
por sus ropas tan zurcidas.
Es mal el de la pobreza
que salta pronto á la vista.
Cierta tribu de gitanos,
que vuelve de Andalucía,
después de pasar «das negras»
por Cádiz y por Sevilla,
la ha abandonado.—¡Qué infamia!
¿Qué pena merecería?
¿Qué tremebundos suplicios,
de maldades inauditas?—
Es huérfana. La tuvieron
por caridad recogida.

Segunda familia tuvo
cuando se halló sin familia;
pero hay gentes que se causan
de ser buenas en seguida.
Tal la gente miserable
que formó la tal cuadrilla.
Dormió, por aquí, la siesta,
—bajo las sombras amigas
de los pinos centenarios,—
ayer; durmióse la chica,
tan feliz, y al despertarse,
—ya las estrellas lucían,—
se vió, de repente, sola...
¡Sola, Dios Santo! ¡Qué viva
fué la sorpresa! ¡Qué horrible
su angustia! No martirizan
mucho más las más infames
y espantosas pesadillas.
Gimiendo pasó la noche;
noche de espanto, maldita.
Gimiendo, desde la aurora,
la ve, sin cesar, el día.
¡La Santa Virgen la escuche!
¡Dios la ampare! ¡Dios la asista!

Bien se merece, sin duda,
que terminen sus desdichas.
Por ser tan dulce, ¡tan buena!...
¡y hasta por ser tan bonita!

Como una rosa del monte
pudiera gustar, por linda;
como esas rosas que nacen
sobre las peñas bravías;
flores silvestres, bellezas
de hermosura primitiva,
por las que nadie se afana
y en las que todos se fijan.
Lleva los cabellos largos,
color de noche sombría;
tiene la tez muy morena,
del sol y el aire curtida;
del aire bueno del campo,
del sol que es sol de justicia;
breve la nariz; muy negros
los ojos con que cautiva;
como pétalos de rosa
las orejas menuditas;
rojos los húmedos labios
como fresas, como guindas;
blancos los dientes menudos,
cual nieve de las umbrías;
la barba con dos hoyuelos,
la garganta muy pulida,
y el cuerpo como de alondra,
y el talle como de avispa...
Es gitana, y por sus años.
—siete no más,—gitanilla.
Se llama *Carmen*, y el mundo
la conoce por *Carmita*.

La ve llorando, y al verla
tan sola, tan afligida,
—tan mustia por sus pesares,
como flor que se marchita,—
va *Caracol* y la acorre,
por ley de galantería;
movido por el impulso
de su bondad instintiva;
curioso de las desgracias
que en tal estado la aflijan.
Lisonjero le pregunta,
con amor la tranquiliza...
—Más no hiciera por su dama
galán de mayores infulas
en los siglos de la andante
famosa Caballería.—

Tigre, siguiendo sus pasos, halla también á la niña, y entre los dos la consuelan porque los dos la acarician.

Pronto los chicos se entienden. Pronto se dicen sus cuítas. Pronto se cuentan sus males. Pronto, por fin, simpatizan. Y se advierte que se alegran con advertir que se animan. Ya no llora, tanto al menos, la inocente chavalilla. Charlan y charlan, á gusto. Rompen, á veces, en risas... Y así prosiguen hablando, bajo el cielo que los mira:

—¿De modo que tú te piensas que no vendrán descuidada por ti...?

—¡Más fijo...!
—¿De modo que te supones...? Pues hija, ¡no te apures...! Ven conmigo. ¡Yo paso también las mías! ¡Pero, qué hacer! Tú no sabes ni la mitad de la vida; ¡pero yo sí! Conque, vente; que yo te haré compañía... ¡Tú verás!

—¿Y si no encuentras qué darme?

—¿Quién? ¿Yo? ¡Qué tía! Queriendo Dios, no te falta ni pan. ¡Ni pan, golondrina! ¿No viven hasta los pájaros? ¿No viven hasta las crías de los pájaros? ¿No viven hasta las rosas, tan finas que las quiebras con mirarlas? ¡Pues, á vivir, alma mía! Decídete por nosotros, y déjate de pampulinas. *TIGRE* es más bueno... ¡Más bueno que el pan!...

—¡Y tú que lo digas!
—Y además: oye un minuto; ¡pero en serio!

—¡Bien! ¡Principia!

—¿Quieres ser mi novia?
—¿Cómo?

—¡Que si quieres ser...!

Carmila
baja los ojos lo mismo que una mujer, y encendida de rubor no le contesta ni media palabra...

—¡Chica!
¡Vaya un susto! ¡Ni que fuera yo el demonio!

—¡Quita, quita!
—¿Qué es lo que he dicho? ¡Mi novia!
¡Claro está que sin malicia!
¡Claro está que como debes serlo tú...!

—¡Claro!
—¿Qué miras?
—¡Que es muy tarde! ¡Que no hay sombras ningunas! ¡Que estoy refrita!

—¿Qué piensas?
—¡Que si nos vámos, vámonos!

—¡Dios te bendiga!
¿Tú lo ves? ¡Ya me entendiste!

—¡No, no te entiendo!

—Si, ¡rica!
rica en el mundo! ¿No quieres ser mi novia? No me riñas por tan poco. ¡Sé mi hermana!
—Tu hermana, sí.

—Pues, ¡ALIVIA!
TIGRE, vámonos! ¡Y á escape!
¡Que mi novia tiene prisa!
¡Ladra, *TIGRE*, de contento!
¡Corre, *TIGRE*! ¡Salta! ¡Brinca!
¡Ya somos tres! ¡Se ha aumentado, gracias á Dios, la familia!

Cada cual á su manera va diciendo su alegría; *Tigre*, ladrando; cantando *Caracol*, en seguidillas; en silencio, con los ojos muy llenos de luz, *Carmila*. Dan las jaras sus olores, columpiadas por la brisa. Cantan los pinos, gozosos, al sol, y á su luz, y al día. Pasa un arroyo cantando, bajo unas aves que trinan... Y allá, por el monte, suben tres suertes que van unidas; tres destinos miserables, con tres figuras distintas; tres seres tan desgraciados que con sus penas se alivian; ¡pues ya son tres los que marchan, monte abajo y monte arriba, tan juntos... ¡y tan á solas!... ¡por las cuestras de la Vida!

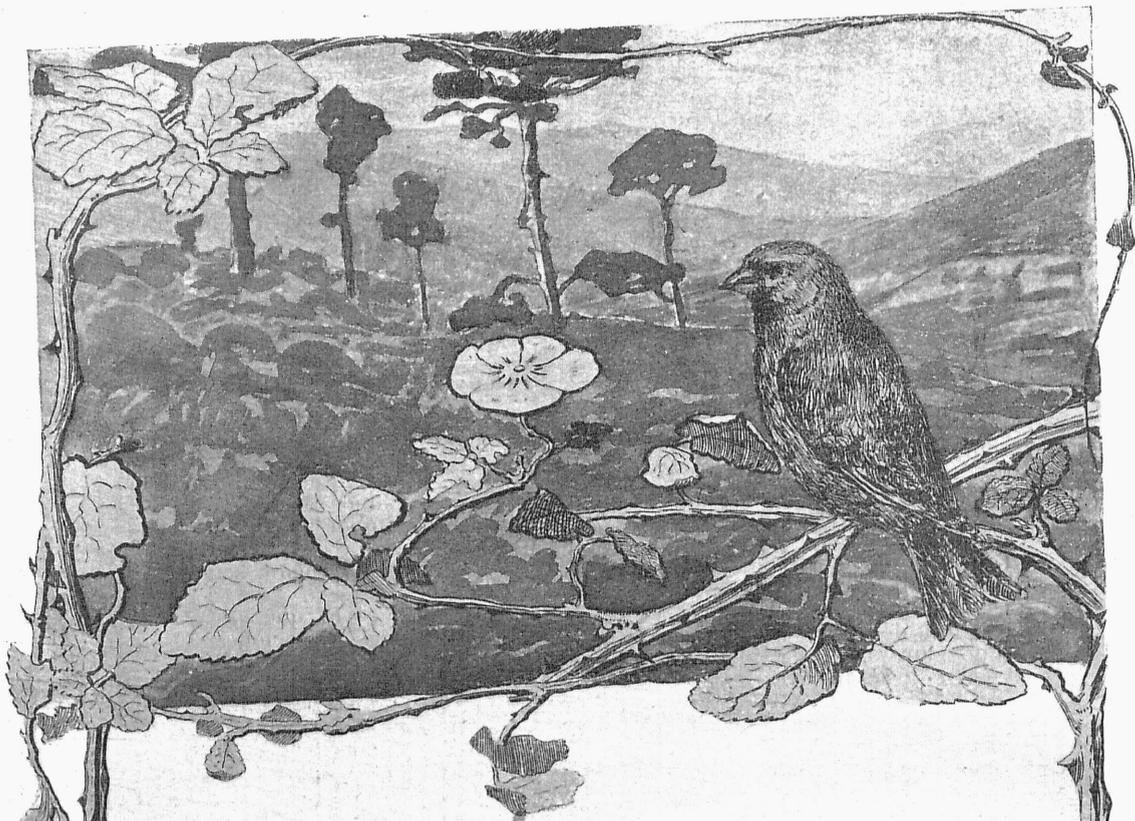
VI

CARAGOL, FELIZ

En el huerto de una casa, casa de un pueblo del monte, huerto muy rico de frutos, casa muy llena de flores, están *Carmila*, su novio y el *Tigre*. ¿Quién los conoce? Viste *Caracol* de gala. ¡Qué chaqueta! ¡Qué calzones! ¡Qué camisa! ¡Qué zapatos! ¡Y qué medias, qué demontre!! Compite con él *Carmila*, por el lujo de su porte. ¡Pues, y el *Tigre*! ¡Si parece que lo han pintado, San Roque! ¡Revientan los tres de gusto! ¡Y abultan los tres el doble!

Llaman al pueblo, bien chico, *La Nevera*. ¡Lindo nombre, vive Dios!

Tuvo la casa, que es magnífica, Señores que fueron, en otros siglos, muy renombrados por nobles. Dos escudos lo proclamaban, encima de sus balcones. Otros dos sobre la puerta principal; grandes, enormes. Hoy la habita, con los chicos, pues en ella los acoge, cierta anciana, ya muy débil, no muy rica, no muy pobre, que es cifra, compendio, suma de tristezas y dolores.



Hijos hubo; lindos nietos,
y fué tan feliz, entonces,
que no envidiara la suerie
del más venturoso prócer.
Todos murieron, y al cabo
tan mal, tan á solas vióse,
que en las penas, por templarlas,
buscó sus únicos goces;
en el culto de los muertos,
que evocara por las noches;
en sus rosas peregrinas,
por llevarles las mejores.

Pobre viejecita,—fuente
que en hondo silencio corres,
bajo la red, tan hojosa,
del follaje que te esconde;
rosa triste, que las gentes
ven apenas, por el bosque
tan intrincado del mundo,—
no sufras, no te acongojes
de modo tal; no suspires,
consumiéndote... ¡no flores...!

La llaman *Señá Remedios*,
y con remedios responde;

que es más buena que las santas
y es más dulce que el arropo.
No bien desgracias barrunta,
solicita las acorre.
Cuartos sufren escaseces
logran al punto sus dones.
Parte su hacienda con todos.
Son para todos sus trojes.
La adoran cuantos la sirven,
y es bien justo que la adoren.
Siembra bienes, y cosecha
caríños y bendiciones.

Con duelos, en paz vivía;
puestos en Dios los fervores
de sus ansias más ocultas,
de sus lentas oraciones;
con una ilusión, muy vaga,
por algo feliz, informe,
—niebla fugaz en los términos
lejanos del horizonte;—
sin saber cuándo vendría,
por qué razón, ni de dónde...
Conque una tarde,—muy llena
de aromas y de esplendores,
en los campos toda luces,

y en los aires arreboles;—
volviendo paso tras paso,
de sus eras; cuando el toque
del *Angelus*, invitaba
con graves y puros sonos
á la oración, vió de pronto,
—sentados junto á la torre
de la iglesia, muy rendidos
por largos y duros trótes,—
á *Caracol*, sin alientos,
á *Carmita*, sin colores,
y al *Tigre*, flaco, sin ganas
de pendeñías ni cuestiones.

Estaban, los tres, pidiendo
compasión: lacios, insomnes;
muy recomidos por hambres
si muy realidos á golpes.
Al cabo se las hubieron
con rufianes y ladrones.
Pronto, bien pronto, la anciana,
después de breves informes,
dióles ánimos y fuerzas,
comida y albergue dióles.
Gustaron, en fin, los chicos
cenar copiosas, ¡con postres!;
durmieron en sendas camas,
de blandísimos colchones.
Y el mastín royó más huesos
que nunca, desde que rée...
Con que durmió tan á gusto;
sin flatos ni desazones...

Horas después, conmovida
por los arrestos precoces
del chico; por la chavala
tan primorosa, tan dócil,
y hasta por *Tigre*, tan bueno,
tan hidalgo, tan *noblote*,
sintió renacer la anciana
vivos afanes de amores;
sintió retoñar el árbol
de su amor, con nuevos brotes,
y al fin se dijo: «*Remedios*,
¡basta de cavilaciones!
Se quedan los tres en casa.
¡Que coman, Señor! ¡Que gocen!
Después de todo, ¿no anidan
en casa los gorriones?»

Llevan un mes de venturas.
¡Parece que llevan doce!
Tal las venturas les valen
y aprovechan. Tal les ponen
los sueños largos que duermen
y el pan sabroso que comen.
Dan los chicos, á la anciana,
sin cesar, el dulce nombre
de *abuelita*. La *abuelita*
con su amor les corresponde.
Nadie por ellos pregunta.
¡Nadie su vida trastorne!
Viven—los tres—en la Gloria;
sin penas, sin aflicciones,
sin ayunos, sin quebrantos,
sin alarmas, sin terrores.
Así los veis, tan orondos,
tan satisfechos, tan *dobles*,
por huerto y en casa tales;
casa de un pueblo del monte,
huerto muy rico de frutos,
casa muy llena de flores.

Concluye, por fin, Agosto,
mes de ferias y alborozes;
mes de zambras en los pueblos

que celebran sus «funciones»;
en los pueblos mes de «toros»,
de «verbenas» en la corte.
Reina magnífico día.
Reinan intensos calores.
Reina la tarde, calmosa
y apacible, sin que soplen
vientos ni brisas que templen,
un instante, los rigores
de tanto sol... Alborotan
y chillan los verderones,
los pardillos, los jilgueros...
Buena *gente*: ¡*gente* joven!

Sale también la *abuelita*.
Juegan los chicos. Se esconden...
Se persiguen... Ya se abrazan
á la *abuela*, con transportes
de júbilo... Ya la miman,
requiriendo sus favores
y sus mimos... Ya, la anciana
va repartiendo terrones
de azúcar... Suenan, de pronto,
los vivísimos redobles
de un tambor. ¡Está de buenas
el rapaz!

—«¡Oigan, señores
y señoras!»—

El, que sabe
de músicas y canciones,
sin que las notas le valgan,
ni le valgan profesores,
luce siempre, por las tardes,
sus famosas aficiones;
lindas *polkas* tararrea,
mazurkas y *pasos dobles*,
de los que avivan los pasos
con sus marciales acordes;
largos luego, muy pulidos,
y al fin, «pasando á mayores»,
largos romances repite
de los que el vulgo recoge,
—con doncellas hechizadas,
ó con crímenes atroces;
con bandidos andaluces,
ó con princesas del Norte,
muy rendidas al halago
de sus tiernos trovadores,—
ó canta coplas que dicen,
á quien canta y á quien oye,
cuándo, sabias picardías;
cuándo, sentencias de amores.

¡¡Está de buenas!! Hoy canta...
mejor que los verderones.
Hoy ha dicho sus romances
¡como los dicen los hombres!

Goza el concurso, con todo.
Goza la anciana,—¡la pobre!,—
poco menos que en sus años
más felices. «¡Ay, entonces!»
Goza *Carmita*,—sus ojos
resplandecen como soles;—
goza el chico, porque gozan,
y el *Tigre* corre que corre,
ladra que ladra, secunda
las del mozo con sus voces.

Mas, cuando tocan la cumbre
de tanto bien, ya sin orden,
¡sin juicio!,—¡los altos cielos
tan simples dichas prolonguen!,—
es cuando el chico, sacando
como del fondo de un cofre,
—donde es fama que se deja



lo mejor,—sus raras dotes
para el baile, baila *jotas*,
que son los bailes mejores;
con saltos mil, tan alegres;
con vueltas mil, tan veloces;
con tantas muecas graciosas,
con tantos lindos primores,
que al punto cuantos le miran
en risas y aplausos rompen.
—Hay curiosos que disfrutan,
en ventanas y balcones,
sin temor á que por ello
les molesten ó les cobren.—
El perro—¡claro!—ni ríe,
ni aplaude. Ya se supone.
Mas porque nadie presume
que es tan lerdo como torpe,
porque no turbe la fiesta
nota alguna desacorde,
también descubre sus artes,
en fuerza de contorsiones,
mostrando también su gusto
por bailes tan españoles.
Se coloca junto al chico,
y en pie, de pronto, se pone;
sacude las toscas manos,
tan pulidas, por el roce
contra los suelos; se yergue
muy rozagante...; ¡se encoge!,
¡se alarga!, ¡se torna...!, ¡gira!,
¡cual si tuviese resortes!;
con lo que triunfa de todos;
con lo que al fin y á la postre

para dos que son *las mozas*,
ya son dos los bailarores.

Con tantos juegos en juego,
no es raro que nadie note
cuál, por los aires tan puros,
tiende su manto la Noche.
Menos raro porque apenas
sus vagas sombras se imponen.
Es noche de luna clara;
luna que el cielo recorre
leve, sutil, argentando
con trémulos resplandores
los espacios sigilosos
y los pacíficos montes.
Brilla el huerto, luce y brilla
tranquilo y en paz, inmóvil;
en la quietud del ambiente
lleno de gratos olores.
Y es natural que al halago
de luz tan dulce se postre.
¡Calman, alivian, consuelan,
sus reflejos bienhechores!

Los gozos mismos fatigan,
aun siendo puros sus goces.
Busca refugio la anciana
junto á la fuente. Se acogen
á sus brazos amorosos
los niños... Así las flores
también á veces se amparan
bajo la sombra del roble.
¡Qué hermosísimo silencio!

Callan los aires. No corre
la limpia fuente. No suenan
cantos, pisadas ni golpes...
El pueblo calla...

De pronto
preludian los ruiseñores...

.....
.....
.....
Adiós, *Carmita*. Que duermas
como un ángel. ¡Dios te colme
de bienes y de alegrías...!
¡Dios, que tus penas conoce!
La Virgen vele tu sueño,
por que duermas y reposes.
Adiós, *Caracol*. La Vida
te prodigue sus favores,
y en fruto cierto se cambie
la flor de tus ilusiones.
Descansa como los niños,
si vives como los hombres.
No ladres, *Tigre*. ¡No ladres!
¡¡No interrumpas!! ¡¡No alborotes!!
Y adiós, en fin, *abuelita*;
fuente de amor y de amores;
tú, tan buena, tan humilde,
tan resignada, tan noble...
¡Buenas noches, mis amigos!
¡*Abuelita*, buenas noches!

VII

EL FINAL DE CARACOL

¿A dónde van con mañana
tan fosca, de cierzo tal,
por un tan abrupto monte,
por un tan denso pinar,
Caracol, la chavalilla
y el mastín? ¿A dónde irán?

Es la mañana mañana
de Noviembre, mes fatal;
mes de los muertos, ¡cuán triste!,
lúgubre, crepuscular;
—que es el otoño crepúsculo
del año que muere ya;—
mes de cantos funerales;
por sus cantos, funeral.
Es la mañana mañana
para el lobo que vendrá;
gris, con densísimas nubes;
cruda, con aire glacial.
¡Bien ha nevado! Los montes
y las cañadas están
llenos de nieves, de nieves
que se cuajan sin cesar;
en las copas de los pinos,
dañadas por su maldad;
en la tierra, que las aguas
cambiaron en lodazal.
Ha escampado, pero pronto,
por las trazas, nevará.
Sopla el aire de la Sierra,
—sopla, rugé,—sin piedad.
Reparte chispas de hielo,
que en hielos y en nieves dan.
Y amenaza, con rigores
más duros, el temporal.
Bien lo dicen los nublados,
tan dispuestos á nevar.
Bien lo proclaman, á voces,
las voces del vendaval,
medrosas como lamentos
de dolor y de ansiedad.

¿A dónde van los muchachos
y el mastín? ¿A dónde irán
por un tan abrupto monte,
por un tan denso pinar?

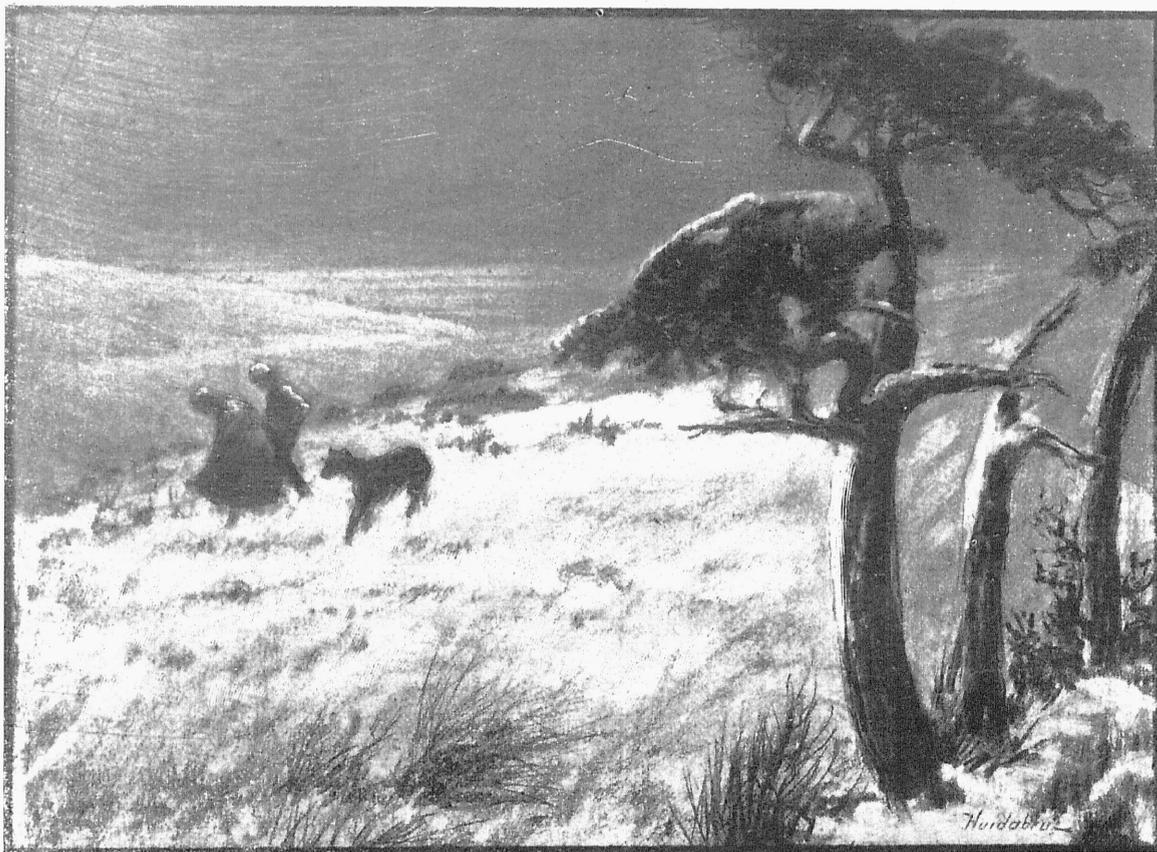
Van de nuevo por el mundo,
sin amparo. Solos van.
Sobre peñas, entre malas,
y al capricho del Azar.
Fué su dicha, como dicha,
dicha corta, bien fugaz;
el contento de las flores...
¡que fenecen al brotar!

Murióse la viejecita,
murióse de breve mal;
con que se vieron los chicos
sin su amor y sin hogar.
Murió sin pena, sin ansias,
en honda tranquilidad;
ignorante de su muerte,
rezando sin descansar;
bañado su noble rostro
por un fulgor celestial.

Lloraron los pobres chicos,
si tuvieron que llorar.
La lloraron, y aún debieron
haberla llorado más.
Otra vez les aguardaban
la angustia, la soledad;
al dormirse, la zozobra;
la inquietud al despertar;
más amargas, más intensas
que las de antaño, quizás.

Vinieron extrañas gentes,
adustas, sin caridad:
—hombres de manos muy largas,
viejos de bajo mirar;—
las que anhelaban la herencia
de que en breve gozarán,
con la zozobra y el susto
de no gozarla jamás.
Les hablaron desabridas,
les negaron techo y pan,
y al arroyo los volvieron,
á sufrir y á mendigar.

Mendigaron, por lo pronto,
con suerte providencial,
por la industria de las coplas,
que tanto suelen gustar;
pero pronto decayeron
de fortuna tan cabal.
Gentes malas, que por malas
con los demonios darán,
cruda guerra les movieron,
envidiosas de su paz.
Con la Cruz los saludaron,
gozaron con propalar
cuentos infames, en contra
del bullicioso rapaz;
y en contra de la mozueta,
que—¡tal lo dicen!—está,
por artes de las gitanas,
en tratos con Satanás.
—Añaden que malefician
con un influjo letal.
Lo sostienen, tan formales,
¡y lo juran, además!
Y que murió la *abuelita*
por no dejarse embrujar...
luchando contra las garras
del mismísimo Satán.—
Defendiéronse los *mozos*,



en larga lucha tenaz;
 mas como al fin ocurrieran,
 por ley de Dios, natural,
 otras muertes, duelos otros,
 en las casas del lugar,
 pronto fueron achacados
 á las mañas del chaval,
 si no cargó con las culpas
 la chavalilla sagaz.
 ¿Cómo se fué propagando
 cábala tan infernal?
 ¡Sábelo Dios! ¿Fué por odio?
 ¿Fué por envidia? Quizá.
 Siempre se ven con aumento
 las dichas de los demás.
 ¿Por obra de la ignorancia?
 ¿Por instintiva maldad?
 ¡Dios lo sabe! ¡Dios del Cielo,
 que á todos nos juzgará!

¡Pobre mozueta, tan linda!
 ¡Pobre mozo, tan galán!
 Llovieron piedras y palos
 sobre los dos, á la par,
 sin que *Tigre* los pudiera
 socorrer en lance tal...
 Fué ciega la acomelida
 de la turba montaraz...
 No hallaron, al fin, ventanas
 ni puertas donde llamar.
 Eran los sustos constantes,
 era su angustia mortal.
 Molidos, escarmentados,
 decidieron escapar,
 —otra vez hacia los montes,
 al profundo matorral
 y á la selva,— sin pensarlo

más tiempo; sin reparar
 en los aires ni en las nieves
 de la mañana glacial;
 ¡á la Sierra, que es tan grande,
 tan próspera, tan feraz!;
 ¡lejos del mundo maldito!;
 ¡lejos del mundo brutal!;
 ¡á los pinares, tan buenos!;
 ¡á vivir!; ¡á respirar!

Por algo marchan tan tristes.
 Por algo tan solos van...
 Por algo cruzan el monte
 corriendo, sin descansar.
 —¡Por si llegara la turba!
 ¡Por si viniera detrás!—
 ¡A la merced de la Suerte
 y al capricho del Azar!
 ¡Contra el viento, que los ciega,
 loco, terrible, fatal;
 ¡contra las nieves! ¡Ya tornan
 los nublados á nevar...!
 ¿A dónde van, Cielo santo?
 ¡Santo Dios!, ¿á dónde irán?

¿Qué fué, *Caracol*, qué ha sido
 de tanta felicidad,
 de tanto vivir alegre,
 de tanto bello soñar?
 ¿Qué fué *Carmita*, de tanta
 gozosa tranquilidad,
 en los brazos, tan amantes,
 de *la abuela*, tan jovial?
 ¿Qué ha sido, *Tigre*—; contesta!—
 de tu bravura sin par?
 Te dió tu amigo, sin tasa,
 lo más suyo: su bondad,

mas sin que tú, por tus fuerzas,
la llegaras á cambiar,
sumándolas á los bríos
del miserable rapaz.
Declinaron tus arrestos
en visible declinar,

con que al cabo le quedaste
siendo noble, ¡nada más!
Todos sois buenos, y todos
lo sois con el mismo afán.
¡Pero sois, tan sólo, buenos!
¡Tal os miro! ¡Tal os va!

EPÍLOGO

¡Qué ventisca, Virgen santa!
¡Qué tremendo temporal!
¡Tan duro como es posible
que no se viera jamás!
Sopla el cierzo, pavoroso,
con ímpetus de huracán.
Lloran los niños, y rezan.
Corren de acá para allá,
como locos... ¿Hacia dónde
pueden ir? ¿Dónde estarán?
.....
.....
.....
¡Quieren seguir! ¡Como puedan!
¡Y en vano quieren marchar!
Las nieves, por todas partes,
acorrallándolos van.
Las que crecen, las que suben
sobre el suelo, sin cesar;
las que vienen, tan copiosas,
con el loco vendaval.
¡Pobre mozueta, tan linda!
¡Pobre mozo, tan galán!
Apenas los pies levantan.
Pueden apenas mirar...
Desfallecen por instantes...
¿Qué harán, Dios santo? ¿Qué harán?
.....
.....
.....
Pasa tiempo, mucho tiempo,
sin que logren avanzar;
vencidos por el empuje
del horrible temporal...
Llaman y llaman... ¡Sabiendo
que nadie contestará...!
¡Sigue la recia nevada!
¡Qué angustia! ¡Qué soledad!
.....
.....
.....
Ya no lloran. ¡De la angustia!
Ya no pueden ni aun llorar.
Ya no llaman. Ya se rinden
sin alientos. ¡Mueren ya!
Mueren de terror, de frío,
de fatiga, de ansiedad;
sepultados por las nieves,
en las nieves del pinar.
Se abrazan... ¡Miran al cielo...!
Se besan... ¡Con cuánto afán!
Muere *Carmita*, y á poco
muere también el rapaz.
¡Qué pena, qué horror, qué espanto!
¡¡Qué espanto, Dios de bondad!!
El perro brega, resiste...
Ladra, con largo ladrar...

¡y al ver á los niños muertos
ladra, de coraje, más!

¡Oh, vidas breves! ¡Oh, puros
encantos de lo fugaz!
¡Oh, misteriosos encantos,
de belleza singular!
Los del niño, cuando muere,
que es un ángel que se va...
Los de la rosa temprana,
marchita sobre el rosál.
Los del canto que se aleja,
canto de amor y de paz;
copla de bella zagala,
copla de alegre zagal.
Los del pájaro que expira
cuando comienza á volar.
Los de las ondas, brotadas
ha poco del manantial,
y que los rayos solares
evaporan, al brillar.
Los del perfume, llevado
por brisa primaveral,
y que tan pronto se extingue
si tan rápido se da...
Los de las chispas, tan claras
en el punto de expirar...
¡Leves encantos! ¡Intensos
encantos de lo fugaz!
¡Ah! ¡Quién supiera decirlos!
¡Quién los pudiera cantar!

Ha escampado nuevamente,
¡pero pronto nevará!...
De improviso, por las nubes,
apunta la luz solar;
leve luz, amarillenta,
con misterio sepulcral...
El sol asoma. Sus rayos
se esparcen por el pinar,
bañando sus altas nieves
con trémula claridad;
templándolas, por instantes,
con fuego providencial...
Dura el sol. Llueven los pinos.
Dijérase, con verdad,
que es que lloran...

Viejos pinos
del centenario pinar;
—¡nobles viejos!, ¡viejos bardos! :—
¡llorad un punto, llorad!
Por los niños,—¡ay, los niños!,—
¡¡que murieron sin llorar!!
¡Corred, los aires del monte,
con ímpetus de huracán!
¡Clamad, con largos lamentos
de dolor y de piedad!



Descansa, dulce *Carmita*.
Reposa. ¡Descansa ya!

Ladra, *Tigre*. ¡Cuanto puedas!
¡Sin consuelo! ¡Sin cesar!
¡Llora, *Tigre*! ¡Clama! ¡Ruge!

Buen *Caracol*, ¡duerme en paz!

Madre Sierra, con las nieves
del otoño tan glacial;
¡madre Sierra!, ¡ten un punto
de amorosa caridad!
¡¡Abraza bien á la niña!!
¡¡Sepulta bien al rapaz!!

Carlos Federico Shaw

Advertencia del autor.—El romance con que principia este *poema* vió la luz, primeramente, como composición aislada por aquel entonces, cuando apareció mi libro *Poesía de la Sierra*.

El Cuento Semanal

PUBLICA EN SU NÚMERO PRÓXIMO
EL OBSTÁCULO
por Luis Cánovas.

EN BREVE APARECERÁ **GRAFOLOGÍA**

REVISTA BIMENSUAL

Única en su género en
España.

DIRECTOR: DR. GRACHTNER

Consultorio público á precios económicos.

Estudios grafológicos de las mayores
celebridades nacionales y extranjeras.

Trabajos doctrinales y de vulgarización.

Toda la correspondencia de los que de-
seen suscribirse ó hacer alguna pregunta,
puede dirigirse á la Administración de
EL CUENTO SEMANAL

Apartado 409.

NOCIONES DE AGRICULTURA

POR

FERNÁNDEZ CASTAÑEDA

Catedrático de Agricultura y Director del Instituto de Cuenca y Es-
cribano Profesor de la Escuela Normal de Madrid.

Para los alumnos de las escuelas normales y opositores
á escuelas públicas.

IMPOTENCIA de **AMBOS SEXOS**
Radicalmente curada á toda edad por las
PILDORAS OURANIA
Nuevo descubrimiento. Inmenso éxito. Tratamiento energético y sin peligro.
Curación garantida con un solo frasco.
Envío discreto. Precio del frasco: 10 fr. LOUDENOT, Farmacéutico,
31, passg. du Havre, PARIS - Frasco con instrucciones por
correo, ptas 12 - Depósito en Madrid: Farmacia GAYOSO, Arenal 2;
en Barcelona: VIUDA de SALVADOR ALSINA, 4, Pasaje del Crédito.

EFFECTOS DE VIAJE

4, MALASAÑA, NÚM. 4

A. BLASCO

Antinervioso HOWARD

Tónico incomparable, de eficacia indiscutible (probada durante muchos años) para corregir las alteraciones del sistema nervioso. Su preparación en píldoras facilita el uso y no hay NEURASTENIA que se resista á su poder. Rechácese toda caja que no sea de lata y carezca del nombre de sus propietarios.

Pérez Martín Velasco y Comp.^a

LEA SE BIEN EL PROSPECTO

PASTILLAS CRESPO de Mentol y Cocaina

Su preparación esmerada y exacta dosificación las acredita desde hace más de 15 años como el mejor medicamento para la garganta, el más agradable de tomar y el mayor calmante DE LA TOS. No contienen opio ni sus compuestos; no ensucian el estómago y quitan la inflamación de las mucosas.

Pesetas, 1'50 la caja

Por mayor: **PEREZ MARTIN VELASCO Y COMP.^a**
MADRID, Calle de Alcalá, 7, MADRID

Fábrica de corbatas

CAMISAS, GUANTES, GENEROS DE PUNTO
ELEGANCIA, SURTIDO Y ECONOMIA

Precio fijo. CAPELLANES, 12. Precio fijo

RUDIMENTOS DE DERECHO

Y ALGUNAS NOCIONES DE ECONOMÍA POLÍTICA
POR ESCRIBANO

- 1.º Para los alumnos de ambos sexos que cursan el Magisterio de primera enseñanza.
- 2.º Para los opositores á Cátedras de Escuelas Normales.
- 3.º Para los opositores á escuelas públicas.
- 4.º Para cuantas personas quieran poseer aquellas nociones de Derecho que obligan á todo ciudadano en un país civilizado.

¡Fumadores! EL HUROL

EL HUROL, fumado con el tabaco, lo aromatiza, destruye sus propiedades tóxicas, cura las afecciones de la boca, garganta y pecho, especialmente el catarro gástrico de los fumadores, y cura siempre las pulmonías y tuberculosis. Lo fuman á diario los principales médicos de la corte y provincias.

Frasco para 500 gramos de tabaco, 1 pta. Por correo, 1,50
MADRID - Calle de la Victoria, 6 y 8 - MADRID

REMEDIO DIVINO

ANTIRREUMÁTICO infalible en todas las manifestaciones de tan general y molesta enfermedad. Su éxito es seguro; á la primera fricción atenúa el dolor por intenso que sea, y con muy pocas más desaparece. Su uso es fácil, cómodo y de positivo resultado.

Pesetas, CINCO el frasco